

EL ENIGMA DE LA LIBERTAD HUMANA EN GABRIEL MARCEL

Paul O'Callaghan

1. Introducción.

La manera en que el dramaturgo francés Gabriel Marcel enfoca todo lo referente a la libertad humana¹ es, sin lugar a dudas, desconcertante. Quizá la razón de ella estriba en que su doctrina se desarrolla en oposición —consciente y a veces explícita— a la de J.-P. Sartre². Sartre identifica la libertad con la *pura elección*: el hombre construye o fabrica a sí mismo (su *pour-soi*) de principio al final. Por ello, la libertad —aquello con el cual el hombre se hace a sí mismo— le deja *enteramente* responsable de lo que llega a ser. Marcel, por el contrario, considera la libertad más bien como *punto de llegada*: como conquista, no como elección; plenitud, y no vacío. En otras palabras, sólo puede hablarse de la libertad de forma auténtica como *un estado* que uno alcanza o donde uno se encuentra. Esto no quiere decir que no exista algo que sea de verdad 'acto libre', pero desde luego Marcel lo relega a la penumbra de la ambigüedad. Sin embargo, puesto que un estable

¹ Hemos estudiado una serie de conferencias y ensayos sobre el tema, especialmente *Liberté et grâce* de los «Gifford Lectures» del curso 1949-50, publicado en: *Mystère de l'Être*, t. 2, en un ensayo cuyo título es: *Foi et Réalité*, Paris 1951, pp. 109-125; y también *Liberté et fraternité* de una serie de conferencias dadas en Harvard en 1961, y publicada en *La Dignité humaine*, Paris 1961, pp. 190-198. Cfr. también R. TROISFONTAINES, *De l'Existence a l'Être*, t.1, Louvain/Paris 1953, p.307-333. También hemos hecho referencias a otras obras más conocidas de Marcel, a saber, *Être et Avoir*, Paris 1935, y *Homo Viator*, Paris 1944.

² Cfr. especialmente su ensayo sobre Sartre: *L'Existence et la liberté humaine*, publicado en la obra colectiva: *Les grands appels de l'homme contemporain*, Paris 1947, p.111-170.

'estado de libertad' es un sin-sentido para Sartre -la muerte actúa constantemente como una amenaza para extinguir el débil *pour-soi*- la libertad, si es que existe, sólo puede existir como pura elección.

Según Marcel, es bien posible que adquieran este 'estado de libertad' el pobre campesino³, o los prisioneros en un campo de concentración, quienes «hacen que su libertad sea una experiencia infinitamente más profundo que aquellos que viven, por así decirlo, una vida normal»⁴. En otro lugar va más lejos todavía, y dice que «la libertad —o, más específicamente, la aspiración de ser libre— nace en el seno de la cautividad»⁵. «Cada uno *se hace a sí mismo* hombre libre...; en otras palabras, la libertad es una *conquista*, aunque esta conquista pueda ser, por el momento, parcial, precaria, insegura»⁶. Al fin y al cabo, decir que 'yo soy libre' quiere decir: 'yo soy mi mismo', «je suis moi»⁷. Y el mismo hecho de que tantas veces es radicalmente falso la afirmación de que 'yo sea mi mismo' —puesto «que hay muchas situaciones en las que tengo que decir que 'me porto como un robot', o que 'voy a donde va la gente' etc.»⁸— muestra claramente que uno todavía no es libre.

Por todo ello, no viene como sorpresa la afirmación diáfana de Marcel al decir que la libertad no puede considerarse como *atributo* humano en cuanto tal⁹. Y de forma más tajante todavía, dice: «Bajo ningún concepto puede considerarse la libertad como predicado que de alguna forma pertenece al hombre en su esencia»¹⁰. Si es equivocado decir, como si fuera la cosa más natural del mundo, que 'yo soy libre', lo es todavía más decir con Rousseau que 'yo me he *nacido* libre'¹¹. «Mi libertad no es —y no puede ser— algo

³ Cfr. R. TROISFONTAINES, *De l'Éxistence a l'Etre I*, o.c., p. 320.

⁴ *Mystère de l'Etre II*, o.c. p. 111.

⁵ *La Dignité humaine*, o.c., p. 190.

⁶ *Ibid.*, p. 190; cfr. *ibid.*, p. 197.

⁷ *Mystère de l'Etre II*, o.c., p. 115.

⁸ *Ibid.*

⁹ Cfr. *La Dignité humaine*, o.c., p. 190.

¹⁰ *Mystère de l'Etre II*, o.c., p. 115.

¹¹ Cfr. *La Dignité humaine*, o.c., p. 190.

que yo simplemente experimento, sino más bien algo que yo decida... »¹².

Consecuencia clara del hecho de que la libertad no sea atributo general de la esencia humana —estable, adquirido de una vez para siempre— es que la cuestión sobre la libertad o no del hombre sólo puede plantearse a nivel personal¹³. «Ninguna respuesta venida de afuera es capaz de satisfacerme si no coincide con mi propia respuesta... »¹⁴. O en otras palabras, no hay nadie que pueda decirme que soy libre. Es lógico por ello decir que «nadie tiene el derecho de rechazar la afirmación de mi propia libertad, una afirmación ligada, en términos reales, a la conciencia que tengo de mi mismo»¹⁵.

2. La ambigüedad inherente al acto libre.

La manera de hablar de Marcel es, desde luego, poco satisfactoria, por lo menos a primera vista: para él, el *acto libre* queda envuelto en una gran ambigüedad, y juntamente con él, cualquier sentido de responsabilidad que surge de la actuación humana parece desvanecerse. Marcel confirma este mismo hecho al describir y criticar dos maneras 'obvias' en las que los hombres suelen decir que son verdaderamente libres, es decir, capaces de llevar a cabo actos libres y responsables. Las dos maneras son: (1) cuando se es consciente de estar haciendo 'lo que se quiere'; y (2) cuando tienen conciencia de poder distanciarse de una serie de posibles opciones. Él muestra que la *primera* apunta hacia una pura ilusión de libertad; y que la *segunda* (comúnmente denominada 'libertad de indiferencia') constituye su grado ínfimo.

(1) Es común al hombre la conciencia de que 'está haciendo lo que quiere', o que 'es independiente', pero esto no prueba para nada de que sea libre. Es así *primero* porque existen muchas situaciones en las que hombres y mujeres disfrutan de muy poca independencia, en las que de ninguna forma puedan decir que 'estoy

¹² *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 114.

¹³ Cfr. *La Dignité humaine*, o.c., p. 198.

¹⁴ *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 111.

¹⁵ *Ibid.*, p. 114.

haciendo lo que quiero', pero que de hecho experimentan la libertad profundamente¹⁶. Y *segundo* porque, al decir que 'estoy haciendo lo que quiero', no tengo forma de afirmar de que no me encuentro totalmente dominado y tiranizado por las tirones e impulsos del deseo, «solicitaciones que, si me abandono a ellas, acabarán rápidamente convirtiéndose en opresión y cohibición»¹⁷. Esta última es una observación muy sencilla pero incisiva: el hombre puede tener toda la sensación de actuar libremente, pero puede ser igualmente que sea perfecto esclavo de sus deseos. Para Marcel, prueba de la ambigüedad cegadora del 'hacer lo que yo quiero' se observa, por contraste, en la resistencia, sistemática y hasta heroica, a los impulsos del deseo ejercida por los estoicos, con vistas precisamente a hacerse verdaderamente libres¹⁸.

(2) Para muchos parece obvio que somos seres libres en cuanto que todos podamos experimentar la indiferencia —o distanciamiento— con respecto al objeto querido, y por ende que tenemos 'libertad de elección'. Marcel, sin embargo, junto con Descartes, considera esta expresión de la libertad como la más ínfima¹⁹. Paradójicamente, en esto coincide Sartre con Marcel, en el sentido de que la 'libertad de elección' —la única que existe para Sartre— es considerada por él como totalmente banal e inútil; pues va 'desde la nada' y termina 'en la nada'. De forma gráfica, Marcel describe la 'libertad de elección' como una especie de 'peso suplementario' que arbitrariamente se pone en un lado o el otro de una balanza, cuando las razones en favor o en contra no son suficientemente decisivas.

A primera vista, este aspecto de la libertad parece poderoso y hasta crítico, pero en términos reales, dice, su ejercicio ni quita ni pone nada en lo que se refiere a *los sujetos involucrados*, sean tan grandes que sean las acciones aparentemente libres o sus resultados tangibles. El acto humano se reviste de auténtico 'valor' —o, en otras palabras, sólo puedo decir que la acción es libre de verdad— únicamente cuando reconozco la posibilidad de *traicionarme a mi mismo* si no mantuviera tal o cual valor, si no llevase a cabo o

¹⁶ Cfr. *ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 112.

¹⁸ Cfr. *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 111.

¹⁹ Cfr. *ibid.*, p. 116 s.

omitiese una acción concreto, etc. En otras palabras, Marcel considera que el único acto libre de verdad es uno que sea subjetivamente —o, quizá mejor, personal y humanamente— significativo. La 'libertad de indiferencia' o 'de elección' es la expresión más ínfima de la libertad humana precisamente en cuanto estrictamente «implica la insignificancia de lo que está de por medio»²⁰. Por el contrario, lo que es propio al acto auténticamente libre es el hecho de que *contribuya a hacerme lo que yo soy*. Un acto contingente o insignificante, «que cualquiera podría hacer, no contribuye nada a la creación, por decirlo de alguna manera, que yo hago de mi mismo»²¹.

De forma paradójica, el acto contingente puede parecer tangiblemente libre, puesto que lo llevo a cabo conscientemente y con una finalidad claramente definida. Pero no es así; al contrario, el *acto verdaderamente libre* no se reconoce como tal cuando se está llevando a cabo. Como mucho, puede reconocerse como tal *a posteriori*. Esta idea clave se expresa en las siguientes palabras de *Mystère de l'Etre*, y, diez años más tarde, en *La Dignité humaine*:

«Mi condición es tal, y nunca debemos olvidarlo, que *soy incapaz de saber exactamente* lo que soy y lo que seré; éste es el caso del artista que no sabe, antes de crear su obra de arte, como le va a salir. Hasta podría pasar que le coja de sorpresa. Lo mismo pasa a veces con la acción libre, es decir, aquella acción con que después tendré que reconocer que ha contribuido a hacerme lo que soy»²².

«La cuestión referente a la libertad sólo puede plantearse a nivel personal, en primera persona, y solamente desde el momento en que nuestra vida se despliega detrás nuestro como un paisaje conocido y familiar. Es entonces cuando nuestra vista reconstituye el camino, tantas veces balbuciente y arriesgado, que recorrimos. Sólo en ese momento, pienso, podemos preguntarnos: ¿me daba cuenta yo de haber sido hombre libre?»²³.

²⁰ *Ibid.*, p. 116.

²¹ *Ibid.*, p. 118.

²² *Ibid.*

²³ *La Dignité humaine*, o.c., p. 198.

Esta noción de 'no saber exactamente lo que soy ni tampoco lo que seré' con respecto al momento *presente* de libertad, quiere decir para Marcel, si no le he entendido mal, que el hombre se encuentra rodeado por una especie de oscuridad, pero de una oscuridad que se opone *solamente a una claridad superficial*, «aquella claridad con la que vemos *las cosas*, pero en las cuales no nos vemos a nosotros mismos»²⁴. En otras palabras, la libertad se mueve al nivel del 'misterio', y no al del 'problema', una distinción programática que se encuentra en el meollo de la entera reflexión filosófica de Marcel. La ambigüedad del acto libre es reflejo de una ambigüedad más profunda —y más rica, podríamos añadir— de la misma realidad humana.

Con vistas a ilustrar las dos interpretaciones falaces de la libertad humana que acabamos de enunciar —'estoy haciendo lo que quiero' y la 'libertad de indiferencia'— y también para confirmar su visión del carácter ambiguo del acto libre, Marcel presenta un ejemplo gráfico. Toma el caso de alguien que se entrega a sus deseos, pero que admite después que no debería haberlo hecho. Surge la cuestión —y Marcel lo denomina como «extremadamente delicada»— si la persona en cuestión actuaba libremente o no. Quizá logra convencerse que en aquel momento se encontraba totalmente dominado por la tentación, que no actuaba libremente, y que por lo tanto puede sacudirse de toda responsabilidad respecto a sus acciones, por más indeseables que hayan sido los resultados. Sin embargo, igualmente puede haber otra reacción; puede ser que «algo dentro de mi no está dispuesto a absolverme de tal forma»²⁵. Este 'algo' es una especie de «presentimiento confuso de que la exculpación sólo puede obtenerse a expensas de mi propio ser... y que puede tener consecuencias calamitosas, no quizás por lo que soy ahora mismo, pero por lo que aspiro ser»²⁶. En otras palabras, el hecho de que el ejercicio de la libertad no sea nítido y patente, sino más bien oscuro y ambiguo, no implica de por sí su futilidad o falta de importancia. Solamente podría pensar así el racionalista, es decir, quien da crédito —o aprecia como real— solamente aquello que se comprende con claridad. Por el contrario,

²⁴ *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 113 s.

²⁵ *Ibid.*, p. 112.

²⁶ *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 113.

según Marcel, esta ambigüedad del acto en cuestión apunta hacia la extraordinaria importancia del acto libre, porque demuestra ni más ni menos que se encuentra enraizado en las profundidades del ser del hombre, profundidades a las cuales sólo es permitido obtener un vislumbre fugaz, y eso muy de vez en cuando.

3. Libertad e intersubjetividad

El hecho de que la libertad llegue a tocar lo más profundo del ser del hombre significa —para Marcel— que no se encuentra al nivel de la observabilidad física y de la razón empírica, sino más bien al nivel del 'misterio', de la 'segunda reflexión', y por lo tanto de la intersubjetividad. Cita y aprueba un texto de la *Introducción a la Filosofía* de K. Jaspers, que dice: «nos hacemos conscientes de nuestra libertad cuando reconocemos *lo que los demás esperan de nosotros*»²⁷. Inversamente, señala que el fanatismo «es el enemigo nato de la libertad. Porque no solamente suprime la libertad donde lo encuentra, sino que tiende a crear a su alrededor una zona desértica, un '*no man's land*'»²⁸, es decir, el fanatismo destruye toda intersubjetividad y comunión interpersonal.

Es interesante notar que en casi cada ocasión en que Marcel estudia el tema de la libertad de forma sistemática, habla siempre de ella conjuntamente con algo de la que deriva, o a la que da pie: libertad y *gracia*, libertad y *don*, libertad y *fraternidad* etc. La libertad es, por lo tanto, el antítesis del aislamiento.

«La 'libertad *de sí mismo*'... es lo que más importa, puesto que cada uno de nosotros tiende a hacerse prisionero de sí mismo, y no solamente de sus intereses, de sus pasiones o simplemente de sus prejuicios, sino más esencialmente de aquella disposición que le lleva a centrarse en sí, a considerar todo como si entrase dentro de su propia perspectiva. El hombre fraterno, por el contrario, se enriquece por todo lo que enriquece a su hermano por la comunión que existe entre su hermano y él»²⁹.

²⁷ Cit. en *ibid.*, p. 114.

²⁸ *Ibid.*, p. 116. Marcel lo cita así, en inglés.

²⁹ *La Dignité humaine*, o.c., p. 191 s.

Una visión puramente mecanista, objetiva o 'diáfana' de la libertad no podría hablar de 'don', sino, como mucho, de 'traspaso de propiedades', o algo por el estilo. En otras palabras, el 'donante' sabe exactamente lo que alcanza al 'dar', y 'da' en consecuencia. Para Marcel, sin embargo, el don, aunque bien puede llevar consigo la entrega de algún objeto material, es, sobre todo, «un don de sí mismo»³⁰. Esto quiere decir que la donación no puede comprender *de por sí* un conjunto de condiciones por las cuales se da, a saber, con una finalidad nítidamente acabada, clara y conscientemente definida. «El dar no es el seducir»³¹. «El don no es 'resultado' sino florecimiento»³².

Pero aquí surge otro problema, en el que la 'falta de claridad' inherente en el acto verdaderamente libre sale a flote de nuevo. Si el 'don' en cuestión no tiene una finalidad bien definida, ¿qué significación puede tener? ¿De dónde brota? Esta pregunta lleva a Marcel, siguiendo la terminología de Bergson, «más allá de la finalidad», al tema de la *generosidad*, que no es tanto la *causa* del don³³, sino como su *alma*³⁴. Describe la generosidad como «una luz que siente la alegría de ser luz»³⁵. Y, añade también, aunque la generosidad sea el 'alma' del don, en cierta manera es, ella misma, un don³⁶.

Pero si este último es el caso, si la generosidad es el *alma* del don, ¿cuál es, a su vez, el alma de la generosidad? ¿De dónde surge? O, en términos crudos, ¿cómo se pone en marcha el 'mecanismo de dar'? Marcel dice claramente que «por un camino ascendiente, es posible superar la noción de don considerada empíricamente, y apuntar hacia algo que no puede considerarse sino como pura gracia»³⁷. A comienzos de su estudio sobre la libertad y la gracia en *Mystère de l'Etre* Marcel ya comentaba que «[su] idea clave supone la relación íntima que une la libertad y la gracia. En el último análisis, según la solución que damos a esta

³⁰ *Mystère de l'Etre II*, o.c., p. 119.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, p. 121.

³³ Cfr. *Mystère de l'Etre II*, o.c., p. 121.

³⁴ Cfr. *ibid.*, p. 119.

³⁵ *Ibid.*, p. 120.

³⁶ Cfr. *ibid.*, p. 121.

³⁷ *Mystère de l'Etre II*, o.c., p. 122.

cuestión —que es el más difícil de todas— podremos tomar una posición respecto a la misma existencia de Dios»³⁸. La cuestión de la generosidad, y por ende del don, remite en último lugar a lo divino.

Más o menos de la misma forma en que Marcel se pregunta de si la esperanza no es más que la ilusión disfrazada, también se pregunta si hay alguna manera de saber si algo es *don* de verdad, y no más bien *préstamo*³⁹. Y es una pregunta importante. Pues, dentro de lo que estamos viendo, si no existe tal cosa como don, no existe tampoco la acción libre del hombre, significativa y eficaz. Por ello, toda la oscuridad y ambigüedad que rodea el acto libre no sería más, como ya lo consideraba Sartre, que un mero reflejo de su verdadera nulidad. Para tener certeza que algo sea *don* de verdad, a uno le hace falta una promesa, una garantía, una revelación, que ha de ser —nos dice Marcel— «una especie de refracción en el Verbo»⁴⁰. En otras palabras, al hombre *se le dice* que es libre; no lo puede descubrir él solo.

Aquí también sale el diálogo de Marcel con Sartre. Puede ser, según Marcel, que aquello que *yo* considero como don —especialmente mi vida, dado que la vida está en la raíz de todo don— no sea considerado por otros de la misma forma. Cita entre otros a J.-P. Sartre y a Valéry. Para estos, la vida se considera como cada uno quiera, pero nunca como don: es más bien un fenómeno absurdo, aberrante, defectuoso e incomprensible, *de trop*⁴¹. Lo cual confirma —como apuntábamos antes— que la libertad para Sartre es poco más que la indiferencia asfixiante. En las palabras del propio Sartre: la libertad «coincide con la nulidad que se encuentra en el mismo corazón del hombre. Para la realidad humana, ser es escoger, elegir: nada puede venir al hombre desde dentro o desde fuera que el pudiera recibir o aceptar... La realidad humana queda totalmente abandonada, sin socorro de ninguna clase, aguantando el peso insostenible de tener que fabricarse hasta el último detalle. Por eso, la libertad no es un ser; es más bien el ser del hombre, es decir, la negación de su ser»⁴². Y Mar-

³⁸ *Ibid.*, p. 110.

³⁹ Cfr. *ibid.*, p. 122.

⁴⁰ *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 123.

⁴¹ Cfr. *ibid.*, p. 123.

⁴² J.-P. SARTRE, *L'Être de le Néant*, p. 516.

cel comenta al respecto: «nunca, en la historia del pensamiento humano, ha sido impugnada, tan audaz y despiadadamente, la 'gracia', en todas sus manifestaciones, aun en las más secularizadas»⁴³.

En el contexto de la confrontación con el existencialismo de Sartre, quizá ahora queda claro por qué Marcel (1) da tan poco peso ontológico a la noción de 'libertad de elección' o 'de indiferencia'; (2) por qué pone tanto énfasis sobre la ambigüedad y carácter penumbral del ejercicio de la libertad verdadera; y (3) por qué insiste que solamente el don y la generosidad —y en el fondo la existencia y actuación de Dios— hacen que el ejercicio de la libertad sea posible y con sentido.

4. El acto de la esperanza como ejemplo del acto libre

La nota más característica y poco satisfactoria de la doctrina marceliana sobre la libertad es que el acto verdaderamente libre se nos presenta tan tercamente oscuro y difícil de desdibujarse. Pero —ya lo he señalado antes— esta oscuridad no debe de considerarse como punto débil de su reflexión, sino todo lo contrario. El acto libre es difícil de esclarecer precisamente porque nunca es el acto de una persona aislada, ocupado solamente de sí mismo, sino que *conlleva una intersubjetividad de personas* que lo funda y determina. Marcel desarrolla esta idea de forma interesante al examinar la virtud de la esperanza⁴⁴.

Marcel mantiene que es la misma *posibilidad de aceptación* de un don lo que hace que «reconozcamos la relación secreta que enlaza la esperanza con la libertad»⁴⁵. «El hombre libre», dice, «es aquel *que más espera*»⁴⁶. Sin vacilar, Marcel rechaza la contraposición simplista de 'si la esperanza depende de mí, o de otro', y lo considera estoica⁴⁷. Dice que «es igualmente verdadero e igual-

⁴³ G. MARCEL, *L'existence et la liberté humaine*, a.c., p. 156.

⁴⁴ Cfr. mi estudio *La metafísica de la esperanza y del deseo en Gabriel Marcel*, en «Anuario Filosófico» 22/1 (1989) 55-92, especialmente pp. 65-67.

⁴⁵ *Homo Viator*, o.c., p. 58.

⁴⁶ *La Dignité humaine*, o.c., p. 191.

⁴⁷ Cfr. *Etre et Avoir*, o.c., p. 108; *Homo Viator*, o.c., p. 64.

mente falso que la esperanza dependa de mí y no dependa de mí»⁴⁸, y explica:

«¿Depende de mí que yo sea un ser que ama, o que tenga tal o cual facultad creadora? Desde luego que no, y por no más razones de que no depende de mí ser o no ser lo que soy. Por el contrario, admitimos (sin que nos enfraquemos ahora en las cuestiones referentes al libre albedrío...) que lo que sí depende de mí es: llevar a cabo una tarea específica, hacer un viaje, hacer una visita, etc., cosas que cualquier otro podría hacer perfectamente bien en mi lugar. Hay que añadir, paradójicamente, por lo tanto, que *lo que depende de mí* es precisamente algo que *no*, por así decirlo, *me adhiere*, sino más bien algo que queda como algo exterior (o indiferente)»⁴⁹.

En este texto Marcel hace referencia al espejismo de la 'libertad de elección', cuyo ejercicio es indiferente y contingente en cuanto que no me involucra personalmente, y se caracteriza por poderse ejercer, si se diese el caso, por cualquier otra persona en mi lugar.

Sin embargo, por toda su ambigüedad, el acto libre del hombre con que acoge la 'gracia' no es meramente pasivo, como explica el siguiente texto esclarecedor:

«El don del otro nunca es algo pura y simplemente *recibido* por un sujeto que ha hecho espacio para él en sí mismo... El don es una apelación que requiere una respuesta; es como si surgiera dentro de nosotros una cosecha de posibilidades, entre las cuales debemos escoger —o, más exactamente, actualizar— aquellas que parecen más acordes con la solicitud que se nos dirige desde dentro, y que es, en el fondo, una mediación de nosotros con nosotros mismos... En la raíz de la libertad hay algo que se nos ofrece; pero podemos rehusar la esperanza de la misma forma en que podemos rehusar el amor... A nuestra libertad se le ofrece la ocasión [Marcel emplea el término *Kairos*] de *ejercerse y ostentarse* de ma-

⁴⁸ *Homo Viator*, o.c., p. 79; 80.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 79 s.

nera en la que es incapaz de hacer si *estuviera abandonada a sí misma*, hipótesis absurda en cualquier caso»⁵⁰.

Para resumir. La esperanza se hace posible por la aceptación de un don de parte de otro. Lógicamente, por ende, si falta o bien el 'don' o bien la 'acogida' —lo que sería el caso si alguien tuviera que 'hacer todo por sí mismo'— sólo quedaría *una* libertad, un único y aislado sujeto, y el acto libre sería tan claro como la conciencia misma. Así que la oscuridad del acto libre brota precisamente de la novedad total de la interacción de dos personas distintas: cada acto libre es un encuentro individual, irremplazable, irrepetible, aquí-y-ahora, que no puede volverse a acontecer nunca más, y sobre el cual es imposible hacer una acabada reflexión abstractiva, por más espiritual que sea.

Dejando aparte el ejercicio de la esperanza, otro momento en el que el *acto libre* empieza a penetrar la oscuridad que lo envuelve, se encuentra en la misma actitud que se toma frente a la *posibilidad* del don. La generosidad puede producir una inicial admiración, pero puede igualmente inducir un resentimiento meticulosamente perfilado⁵¹. El que recibe el don puede preguntarse: ¿por qué esa persona se ha comportado conmigo de esa forma? ¿Está intentando «aplastarme al obligarme a hacer comparaciones entre los dos»⁵²? O quizá, uno diría que 'sin duda, hay algo admirable en su generosidad; pero el cuenta con la buena suerte de tener más talento que yo, de poseer un suelo más rico que el mío'⁵³. Vemos que la afirmación de la existencia de 'la gracia', aquello que se encuentra en el meollo del acto libre 'significativo', comparte la misma oscuridad de la libertad misma; su existencia, por lo tanto, no puede inferirse racionalmente —o negarse⁵⁴ tampoco— de forma estrictamente obvia⁵⁴.

¿Estaría dispuesto a aceptar Marcel la descripción de la libertad como 'auto-determinación', es decir, 'determinación-de-sí'? Todo depende de lo que se entiende por el 'sí'. Para Marcel, la libertad

⁵⁰ *Homo Viator*, o.c., p. 80.

⁵¹ *Mystère de l'Être II*, o.c., p. 121.

⁵² *Ibid.*

⁵³ Cfr. *ibid.*, p. 122.

⁵⁴ Cfr. *ibid.*, p. 124.

entendida como 'determinación-de-sí' no tendría ningún sentido si el 'sí' se identificase con el propio y cerrado *psyche*, con todos sus impulsos, pasiones y deseos. Un 'sí' así entendido compartiría la ambigüedad y pobreza del 'hacer lo que lo quiero'. Tampoco sería válida la expresión de la libertad entendida como 'determinación-de-sí' en el caso de confundirse la libertad con la trascendencia indiferente sobre las cosas, porque llevaría —como antes veíamos— a la atomización monádica⁵⁵. Sin embargo, dado que tanto la libertad como la 'sí-mismidad' son íntimamente ligadas para Marcel con la integración en la comunión intersubjetiva —la única situación en la que puede haber realización personal plena— puede decirse realmente que la libertad es 'determinación-de-sí' o autodeterminación. No sorprende empero encontrar a Marcel diciendo que ser libre quiere decir ser *sur-déterminé*⁵⁶. Por lo tanto, «el progreso en la libertad es realmente progreso en la *sur-détermination*»⁵⁷. Así que en un cierto sentido, la 'sur-détermination' se identifica con la auto-determinación.

Por fin, pienso que las ricas ideas marcelianas sobre la libertad humana pueden resumirse con la siguiente fórmula:

«La 'libertad' no es tanto un atributo que pertenece inalienable a la naturaleza humana, para ejercerse principalmente dentro del ámbito de una 'sí-mismidad' cerrada y sellada; por ello, la libertad no se presta fácilmente a la observación empírica.

Más bien, el 'acto libre' es aquel acto por el que yo me abro, recibo y acojo un don o gracia de otro (o ofrezco tal don al otro), un acto que, aunque quizás no me doy cuenta en el momento de realizarlo, contribuye a hacerme libre, y por medio del cual adquiero poco a poco un estado de plenitud intersubjetiva profundamente experimentada. Es solamente *dentro de este proceso tal como se desarrolla* donde puedo empezar a observar y ser consciente de que 'soy libre'».

* * *

⁵⁵ Cfr. R. TROISFONTAINES, *De l'Existence a l'Etre I*, o.c., p. 319.

⁵⁶ Cfr. *ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*, p. 320.

Podría parecer casi cómico encontrar a un francés como Gabriel Marcel titubeando al hablar de la libertad, especialmente uno nacido exactamente cien años después de la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano». Pero más desconcertante aún es cuando le escuchamos explicar —durante una conferencia dada en Harvard en el año 1961— que «es un sin-sentido decir que el hombre *es* libre, y más todavía, naturalmente, que se haya *nacido* libre, tal como profesó Rousseau»⁵⁸. La proclamación de la «liberté, égalité, fraternité» sacudió a la humanidad occidental con una frescura y sentido de expectación que parecía apuntar hacia el fin del mundo, o, por lo menos a su versión secularizada: la inauguración de una edad nueva y definitiva, regida por la razón. Fueron, de verdad, tiempos milenaristas. Pero Marcel, alentado por la experiencia del fracaso de ese optimismo histórico, y no tan convencido como lo fueron sus compatriotas de antaño del valor de las ideas 'claras y distintas', se dio cuenta de que la *proclamación* de la libertad no es lo mismo que el *advenimiento* de la libertad. Tampoco puede pronosticarse el fin del mundo; como la libertad, también es advenimiento.



⁵⁸ *La Dignité humaine*, o.c., p. 190.